

La crisis del libro español como yo la veo

Ricardo Nudelman

Editor y librero

Hace pocos días finalizó la trigésima segunda edición de la feria Liber, que tuvo lugar durante los días 30 de septiembre y 1, 2 y 3 de octubre, en Barcelona. A ninguno de nosotros se nos escapa que una crisis como la que atraviesa hoy España y el mundo editorial español no puede sino reflejar imágenes un poco desoladas de lo que es su producción editorial y las exposiciones de sus ferias en los últimos años. Sin embargo, las imágenes que se reflejaron durante la última Liber me llevaron a algunas reflexiones que quisiera compartir con ustedes.

Liber es una feria de libros que nació en 1982, patrocinada y operada por la Federación de Gremios de Editores de España, en los años en que la industria editorial española ocupaba el cuarto lugar en el mundo, y sus editores llegaban a algunos países de América Latina para preguntar qué editoriales se podían comprar. Elegantemente enfundados en sus trajes de seda azul, se paseaban con un poco de soberbia por los pasillos de las ferias de Buenos Aires, Bogotá o Santo Domingo, y nosotros los veíamos pasar con una cierta envidia, aunque reconociendo su primacía. Y, efectivamente, España estaba a la vanguardia, y nos mostraba cómo debían hacerse las cosas, galopando velozmente, envueltos en la capa del capitalismo salvaje y unos aires de señoritos de familia. Pero, sin confundirse nunca con ellos, estaban también los editores de la inteligencia y del placer por la lectura en serio. Venían los Javier Pradera, los Enrique Folch, los Jaime Salinas, los Jorge Herralde, los Tony López y Beatriz de Moura, los Ignacio Cardenal, entre otros. A estos sí los envidiábamos en serio, y hubiéramos dado cualquier cosa para que nos admitieran en sus círculos dorados.

En esos años deslumbrantes nació Liber. Y nació con una idea formidable, una más entre las muchas que la industria editorial española pergeñó para ampliar su pequeño mercado de 40 millones de habitantes, y llegar a los po-

tenciales 400 millones de latinoamericanos. La fórmula era relativamente sencilla: «los editores españoles hacían los libros, y nosotros (libreros, distribuidores, y también editores de América Latina) los comprábamos, distribuíamos y leíamos» y, de paso, los españoles engrosaban sus catálogos con algunos exóticos autores latinoamericanos, a quienes les inventaron un «boom» y todo. La idea era que, de paso para Frankfurt, los latinoamericanos hiciéramos escala en Madrid y en Barcelona (alternadamente), revisáramos sus catálogos, compráramos sus novedades y hasta sus saldos. Y mantuviéramos (no todos, ni con todos) una relación social, además de la comercial. ¿Y por qué digo que era una idea formidable? Porque a la vez que incrementaban sus negocios, los editores españoles lo hacían halagando nuestra vanidad profesional, haciéndonos sentir como una parte indispensable de la red comercial que tejieron con laboriosidad e inteligencia.

Ustedes y yo sabemos que hacer un libro es, teóricamente, relativamente fácil. Lo difícil es venderlo, convencer a la mayor cantidad de gente posible que el libro que le estamos ofreciendo es el mejor en su campo, y que su precio es el más ajustado. Siguiendo este razonamiento, la ecuación «españoles hacen los libros, latinoamericanos los compramos», debería haber producido un resultado si no opuesto a lo que sucedió, por lo menos un poco menos injusto. La fórmula podría haberse transformado en: «los editores españoles hacen libros, nosotros también, y nosotros les compramos libros y ustedes también compran los nuestros». Sin embargo, como todos sabemos (y hemos escrito bastante sobre el tema), el resultado fue el de una falta de equidad evidente. Tuvo que desatarse la desgraciada crisis que todavía azota a España y a otros países de Europa, para que los números se modificaran, lentamente y en pequeña escala. Ahora muchos libros se hacen en América por editoriales de capital español (o alemanes o norteamericanos, nuevos dueños de las que antes eran editoriales españolas), y las utilidades se transfieren a España (que a su vez transfiere parte de ellas a Alemania o a EE.UU., o tal vez a ciertos paraísos fiscales).

La verdad es que la «formidable idea» que mencioné más arriba, de ubicar a Liber como puente latinoamericano en el camino hacia Frankfurt, funcionó estupendamente durante varios años. Salvo las incomprensibles broncas (para nosotros) que hacían que algunos madrileños se resistieran a estar presentes físicamente durante el Liber catalán, y de los catalanes cuando el Liber se hacía en Madrid, los resultados de esos años fueron paralelos al crecimiento del poder de la industria española en el área idiomática castellana.

Los cambios que sucedieron en los últimos 20 años empezaron a resquebrajar la armadura construida. Las editoriales latinoamericanas comenzaron

a desaparecer, compradas por los grandes grupos españoles, y a su vez los grandes grupos españoles comenzaron también a ser comprados por otros grandes grupos internacionales. En la última década, una crisis sin precedentes se produjo en España y su economía cayó significativamente, y con ella cayó la industria editorial española. Paralelamente, la mayor parte de las economías latinoamericanas crecieron moderadamente durante el lustro pasado, y eso produjo un crecimiento limitado del mercado lector latinoamericano. ¿Cómo no podía afectar esto a la feria Liber? ¿Cómo incidió también el crecimiento de la feria de Guadalajara, que se convirtió rápidamente (ante la decadencia de Liber) en la principal vitrina de exhibición del libro en lengua castellana, llena de color y gracia, atractiva no solo para nuestra área idiomática, sino también para los vecinos norteamericanos, que albergan una de las poblaciones de nuestra lengua más grande del mundo? Hoy, por fin, parece aclararse el panorama. Empieza a reconocerse que el mercado para los libros españoles está en América Latina, mayoritariamente. Y, por eso, el mismísimo secretario de Estado de Cultura del gobierno español, José María Lasalle, reconoció que «España será Iberoamérica o no será... Cuando Europa se tambalea, Iberoamérica ofrece la potencialidad en cuyo espacio España puede desempeñar una labor cualitativa». Lo que varios expertos describieron como «subirse ahora sí al carro» (*El País*, 1 de octubre de 2014).

La feria Liber de Barcelona, de la que acabamos de regresar, es una de las más «desangeladas» (como se dice en México) que he visto en mi vida. Pocos visitantes (*El País*, 4 de octubre de 2014, menciona a 10.000 visitantes, cifra menor a la del año anterior), una exhibición de libros muy pobre, grandes editoriales que no concurrieron o que colocaron una exposición muy pequeña, como fueron las de Planeta y Random, y un espacio físicamente poco acogedor (muchos comentaron sobre el piso de cemento sin alfombra, que mostraba manchas de pintura e invitaba poco a pasear por sus escasos pasillos). El colmo fue lo que sucedió en la inauguración. Voy a relatar lo que vi yo, no hizo falta que nadie me lo contara. Llegado al salón de la exposición (mucho más pequeño que el que regularmente se utilizaba), me di cuenta de que la inauguración se haría dentro del recinto y no en el auditorio que dispone el predio ferial. Unos metros de sillas alineadas y una mesa al frente esperaban a la vicepresidenta del Gobierno de España, Soraya Sáenz de Santamaría, al presidente de la Federación y a dignatarios catalanes y de otras autonomías, funcionarios de educación, de cultura, etc., como siempre sucede en estos actos. Pero resultó que la vicepresidenta entró por una puerta lateral y, acompañada por una nube (una nubecita, en verdad) de funcionarios y periodistas, pasó supuestamente a revisar los libros de los stands que le quedaban a mano, de camino a la salida trasera. Salió y desapareció. No hubo acto

de inauguración, o por lo menos yo no vi acto de inauguración alguno. Las sillas siguieron vacías, y los funcionarios se esfumaron junto con todos los demás. Al día siguiente, en el periódico *El País* (miércoles, 1 de octubre) podía uno informarse del acto del Encuentro de Editores Iberoamericanos que se inauguró en Madrid el mismo día de la apertura de Liber en Barcelona, en donde el presidente gremial dijo que es necesario mejorar los índices de lectura (*El País*, id.), entre otras cosas. Puede ser que yo me equivoque, y que el señor Mallafré hubiera viajado a Madrid después del acto fallido o hubiera estado en los dos lugares al mismo tiempo. No lo sé. Yo no lo vi.

Evidentemente, la crisis de Liber es más que un reflejo de la crisis de la industria editorial española. Pero no creo que sea tan fácil definir esta situación. Me parece que existen otros factores que produjeron esta caída, y creo que uno de esos factores que me interesa destacar es la propia desidia de los editores españoles. Ellos, igual que nosotros, han visto y han vivido los efectos de la crisis. Pero no estoy convencido de que la mayoría de los pequeños y medianos editores españoles (los que no fueron desnacionalizados) hayan hecho todo lo posible para atenuar sus efectos y mantenerse a flote. Hablo por experiencia, porque los latinoamericanos hemos vivido en crisis casi permanente, durante mucho tiempo, *eppur si muove*.

Para ilustrar este punto, voy a relatar brevemente otra experiencia vivida en ese Liber, pero esta vez una positiva. Un amigo mexicano me comentó que los representantes del gremio de editores de Castilla y León lo habían invitado, junto con otros visitantes latinoamericanos, a visitar después de la feria, durante dos días, varias editoriales ubicadas en esa región con todos los gastos pagados. No creo que al gremio castellano le haya costado mucho dinero la invitación, pero estoy seguro de que los invitados les compraron los libros que de otra manera ni habrían visto en la exposición en Liber. A eso me refiero cuando critico la desidia, porque los castellanos por lo menos intentaron algo para modificar su estado de resultados de la feria.

Estoy convencido de que la crisis pasará. Tal vez no muy rápido (y menos de que ya haya empezado la recuperación de la que habla el gobierno español), pero inevitablemente llegará. Y cuando llegue, tal vez volvamos a encontrarnos en Barcelona o en Madrid, comprándonos y vendiéndonos libros en papel o *bytes* y aparatos electrónicos, pero con el mismo propósito de siempre: llevar el libro a más lectores, utilizando la lengua común y para beneficio de la cultura universal. Pero, por ahora, hay que esperar.